

FILMS de AMOR

EL FAVORITO DEL REGIMIENTO



Num.
293

Cms.
25

Oscar Karlweis - Gretel Thelmer



SAUER, Paul

FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO EDITORIAL
RAMÓN SAIA VERDAGUER

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Valencia, 234-Avenida 727-Barcelona

ALAS

AGENTE DE VENTAS
Sdad. Gral. Española de Librería, Baró, 14 y 16-Barcelona

AÑO VII APARECE LOS JUEVES NÚM. 298

(DER TANZHUAR, 1931)

El favorito del Regimiento

Narración novelada de la película del mismo
nombre, interpretada por el formidable tenor

OSCAR KARLWEIS

Narración literaria de ALFREDO DARNELL

EXCLUSIVAS

CINÆS, S. A.

Via Layetana, núm. 55 - Barcelona

REPARTO

Turt Wiedinger	OSCAR KARLWEIS
Grete Marsh	Grete Thelmer
Jozhi	Ernest Verebes
Pepi	Sofia Pagi

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

PRIMERA PARTE

El teatro de la Ópera estaba lleno a rebosar. Las mujeres más bonitas de Viena se habían reunido en la sala para contemplar por última vez al Húsar Ballarín, pues este era el nombre que familiarmente daban al tenor Turi Wiedinger.

Lo mismo la platea que los palcos, estaban animadísimo y el eje de todas las conversaciones era la sentida despedida de Turi que aquella noche llevaba cantados dos actos de su obra preferida, que lo había elevado al pínáculo de la gloria.

—El gobierno no debía permitir que Turi abandonara la escena para entrar en el ejército.

—¿Quién reemplazará a Turi?

—¿Cuándo oiremos una voz como la suya?

—¿Quién tendrá su simpatía?

—¿Y su gracia?

—¿Quién bailará mejor que él, y tendrá unos ojos más azules?

Todas estas preguntas salían de las bocas



La hermosa Gretel.

acarminadas de las vienesas, enamoradas todas de su tenor favorito.

El empresario Karl Borish, contemplaba melancólico la sala del teatro, que durante muchos meses había bastado a llenar la fama de Turi Wiedinger, y pensaba desolado en la

manera de encontrarle un sustituto, seguro en el fondo de que eso era imposible.

Durante el entresacto, Turi se había dirigido hacia su camerino rogando le dejaran descansar unos instantes.

En el camerino, atestado de regalos de sus admiradoras y amigos, encontró a Grete, su mujer.

— ¡Hola, Grete! Estoy emocionado. Las ovaciones de esta noche no las podré olvidar fácilmente.

—.....

— No dices nada, Grete. ¿Por qué esa cara?

— Turi, puedes suponer que no voy a estar yo también contenta.

— No comprendo — respondió Turi perplejo.

— No comprendes, ¿verdad? Me querrás convencer ahora de que también para tener éxito es necesario que beses de esa manera a Pepi. No digas que no, en la última escena del acto segundo la has dado un beso, yo lo he visto...

— ¿Celos?... ¿Es que te vas a pasar la vida atormentándome? — dijo Turi.

— No tienes derecho a decir eso! — exclamó Grete casi llorando. — ¿Quién es el atormentado? Yo he pasado por todo eso; he tenido que acceder a que nadie sepa que estamos casados, porque según el empresario, el público no aceptó que el tenor sea casado; accedí

para no estropearle el porvenir. Tengo que vivir escondiendo mi amor, y tú te aprovechas de esto para flirtear con todas.

— Grete, por favor!... dijo Turi acercándose a su mujer y sentándose junto a ella, mientras intentaba acariciarla.

— Déjame. Conozco tus mimos. Además, no sólo te contentas con flirtear: Fíjate, todo ese montón de cartas es de tus admiradoras...

— Grete, no está bien que abras mi correspondencia. Te murmurizas tontamente. Yo no puedo privar que me escriban.

— ¿Y Pepi?... Esa no te escribo. Te escondes con ella detrás de los bastidores. Ayer te vi cómo la acariciabas junto al pasillo. No mentas: te vi yo misma.

— Basta, Grete! Tú sabes que Pepi quiere a Jozhi, y soy incapaz de traicionar a un amigo — contestó Turi muy digno.

— Y entonces, ¿por qué la besas?, ¡contesta!

— ¡Grete! Hagamos las paces. Déjate de chiquilladas. Te voy a probar que todo eso son imaginaciones tuyas. Mira: en cuanto termine este acto, yo procuraré escaparme y saldremos juntos.

— ¿Sí? — exclamó Grete, a quien le brillaron los ojos de alegría.

— Sí. Cenaremos donde tú quieras; después iremos a tu casa... y mañana por la mañana me despertarás temprano, pues tengo que pre-

sentarme en el estriado a las diez. ¿Qué te parece?

—Oh, chiquillo mío! Estupendo. Voy a avisar a mi criada que nos prepare una cena fría. Cenaremos en casa, descorcharemos unas botellas de champán y te captaré por toda la noche.

—¡Bon pensado! Lo que tú quieras — dijo Turi a quien le regocijaba bastante tener que esconderse de la gente para ver a su mujer.

—Greta, loca de alegría abrazó a Turi, y le dio un beso, cuando se oyó la voz del traspunte que gritaba imperiosamente:

—Señor Wiedinger, a escena, rápido, ya se ha alzado el telón.

Turi, abrazó nuevamente a su mujercita, y salió del camerino diciéndole:

—En cuanto acabe la función estate arreglada, pues tendremos que escaparnos por sorpresa.

SEGUNDA PARTE

Greta, permaneció en el camerino de Turi, unos instantes. Contemplaba por última vez aquel cuarto en que Turi la había querido tanto. Casi siempre tenían que verse allí a es-

condidas, sin que nadie sospechara que el famoso tener era su marido.

Greta, antes de salir, abrió aún un par de cartas dirigidas a Turi por sus admiradoras, sintiendo a su pesar esa punzada dolorosa que producen los celos y que sólo conocen los que han amado intensamente. Greta leyó:

—Turi: ¿Cuándo se decidirá a contestarme? Tengo ya 17 años y soy de un temperamento apasionado. Escríbame y pídame lo que quiera. — *Condesa Irma de Barnussey.*

Estrujó Greta entre sus dedos el papel que parecía quemarla el alma y vistiéndose rápidamente el traje de calle, esperó a que terminase el acto.

El empresario del teatro, se acercó al grupo formado por las vicetiples, que rodeaban al viejo Greisser, quien como siempre les repetía por milésima vez los mismos consejos, mientras ellas tiraban de los bigotes o le hacían rabiar.

El empresario puso una mano en el hombro del viejo y dirigiéndose a las muchachas, les habló de esta manera:

—Cuidado con hacer señas a los paleos... podéis reír cuanto queráis y enseñar las piernas todo lo que os plazca, pero no quiero que os dirigáis a nadie en particular.

—Esto nos lo dice usted todos los días y nosotras somos muy obedientes — contestó una morena de naricilla chata, riendo.

—Bueno. Ahora a otra cosa. Ya sabéis que esta es la última noche que Turi sale a escena. Mañana tiene que entrar en el regimiento...

—Valiente oficial va a salir — comentó una chica.

—El gobierno lo ordena y no queda más remedio que conformarse — dijo suspirando el empresario—. Como os decía, le he preparado una sorpresa, y vosotras tenéis que cuidaros de que no abandone el escenario después de la función.

—¿Qué debemos hacer? — preguntaron casi todas a coro.

—¿Cómo? ¿Sois tantas y no sabéis lo que es necesario hacer para cautivar a un hombre? Estoy seguro de que lo lograréis, pero cuidado de que no se os escape. Y ahora, cuidado, que tenéis que salir a escena para el número final. A ver si os lucís.

Las muchachas se pusieron en fila, esperando la señal para salir a enfrentarse con el público.

Pepi, la actriz cómica, compañera de baile de Turi, se hallaba ya en su camerino, pues su papel terminaba dos o tres escenas antes del último número de la obra. Pepi había empezado ya a quitarse la poca ropa que llevaba para salir a escena, y se había quedado con la misma cantidad de ropa encima del cuerpo que llevaba nuestra madre Eva... antes de comerse la manzana... cuando oyó que

se abría la puerta del camerino. Pepi no podía ver quién había entrado, pues estaba detrás de un biombo, pero creyó que se trataba de Gregoria, su camarera.

Quien había entrado furtivamente en el cuarto de Pepi no era otro que Johzi, su novio, el galán cómico, quien competía en gracia y simpatía con Turi Wiedinger. Johzi, se quedó deslumbrado al contemplar dibujada en el biombo la maravillosa silueta de Pepi, completamente desnuda.

—¡Gregoria, dame los pantalones! — dijo Pepi.

Johzi no se atrevía a moverse, o quizá estaba hipnotizado y temía romper el encanto de aquella deliciosa visión.

—¿Te has vuelto sorda, mujer? Dame los pantalones, están encima del tocador.

Johzi, sin dejar de mirar hacia Pepi, cogió la prenda íntima de Pepi, y se la echó por encima del biombo.

—Pero, oye, Gregoria, ¿es que te has vuelto muda? — chilló Pepi nerviosa—. ¡Dame los sostenes!

Johzi volvió a repetir la operación, aunque sentía que aquellas prendas le fueran robando los encantos del precioso cuerpo que había tenido la suerte de contemplar.

Pepi, extrañada de que su camarera no dijese palabra, salió de detrás del biombo y lanzó un grito al ver a Johzi.

—¿Tú? ¡Qué frescura! ¿Cómo has entrado aquí? — exclamó Pepi, simulando una gran indignación.

—Por la puerta — contestó Jolzi tranquilamente.

—¡Meando frescales estás hecho! ¿Qué es lo que quieres?

—Una sola cosa — dijo Jolzi poniendo cara muy triste.

—¿Qué es?

—Un beso, mujer, un beso. ¿No lo has podido adivinar?

—Márchate. Ahora no tengo tiempo para dar besos — le contestó Pepi, señalándole la puerta.

—Un besito muy pequeño, nada más. No seas mala, Pepi; si quieres te lo pediré de rodillas.

—Ya sabes que yo sólo besaré al hombre con quien me haya de casar — contestó Pepi, muy digna.

—Pepi! ¡Qué dramática eres! Y no te sienta bien, ya lo sabes. No es tu estilo. Anda, dame un beso, y me voy en seguida.

En eso llamó a la puerta Gregoria, y tuvo que largarse Jolzi, bastante contrariado mientras Pepi, le hacía una mueca burlona.

TERCERA PARTE

Cuando Tini Wiedinger había salido al público por última vez y el telón descendió definitivamente entre una atronadora salva de aplausos, quiso dirigirse rápidamente a su camerino para librarse del acoso de sus amigos y reunirse con Grete, pero las muchachas del coro, le rodearon formando a su alrededor una muralla.

—Chiquitas, dejadme salir. Tengo prisa, mañana he de levantarme temprano.

Fué inútil; las muchachas le rodeaban el cuello con sus brazos y algunas le besaban descaradamente en la cara.

—Bien. Guapos, ya basta, dejadme marchar, os confieso una cosa: tengo una cita. De veras, debo marcharme.

—¡No se irá antes de que nos dé un recuerdo! — dijo una muchacha.

—¡A mí, también! ¡A mí, también! — exclamaron en seguida las demás.

En esto se acercó al grupo Karl Berish, muy satisfecho y apartando a las chicas, cogió del brazo a Tini.

—Querida Wiedinger — dijo el empresario.

ric— Hágame el favor, venga un momento. Vosotras también, muchachas.

Berish condujo a todos hacia la parte posterior del escenario y antes de entrar por una puerta disimulada, que daba a una habitación — dijo dirigiéndose a Turi, de una manera solemne, aunque franca y cordial, pues el empresario, aun sin quererlo, se hallaba un poco emocionado.

—“Mi querido Wiedinger — dijo—. Yo, como su humilde Director, me permito dirigirle unas cuantas palabras, sencillas, aunque salidas del corazón.”

—Pero, ¿por qué tan serio, señor Berish? —interumpió Turi—. ¿Ha pasado algo?

—Me figuro que usted, como favorito del sexo femenino, tendrá que celebrar hoy muchas despedidas, pero como quiero que llegue una sola vez puntual al ensayo antes de hacer el servicio militar, me he permitido retenerle esta noche para que usted celebre conmigo y con sus compañeros una tierna despedida... ¡Cuántas mujeres llorarán hoy a lágrima viva!... claro que con un poco de colorete se borran fácilmente las huellas... pero, en fin, hemos hablado mucho ya... Tengo preparada una sorpresa para nuestro futuro húsar... Señores... Atención... Preparados... ¡Listo!

Al pronunciar el empresario estas palabras, se abrió la puerta que daba a una espaciosa



Las muchachas lanzaron un hurra estruendoso.

habitación que previamente habían hecho adornar, y que presentaba un aspecto suntuoso.

Las muchachas lanzaron un hurra estruendoso y penetraron todos alegremente en la habitación.

Se armó una verdadera pelea entre las mujeres, pues todas querían sentarse al lado del anfitrión, pero al fin, Pepi, que asistía a la fiesta, y que, a pesar de dejarse hacer el amor

por Jehzi, estaba enamorada de Turi, logró sentarse a su lado.

—Desoreben al champán — dijo el empresario, cogiendo una botella—; no hay mejor marca. Suprimiremos los brindis, pues nos aguarían la fiesta; tendríamos que ponernos tristes al recordar que Turi nos deja.

—Gracias, señor Berish— dijo Turi; los brindis siempre me han fastidiado mucho.

El vino hizo que pronto los flirts se iniciasen alegremente, y Pepi, se esforzaba por hacer saber a Turi.

—Turi, te aseguro que a pesar de que no quieres hacer caso de mí y de que te pasas el día con Grete, yo siempre te he apreciado de verdad.

Pepi, había rodeado con su brazo libre el cuello del tenor, pues con la mano del otro servía el champán, y su boca rozaba casi los labios de Turi, a quien el vino empezaba a subírsele a la cabeza y que se había olvidado por completo de la cita que tenía con su mujer.

—Pepi, pero si siempre me has gustado, te lo juro.

—No es verdad eso que dices ahora—contestó Pepi.

—¿Cómo quieres que te lo demuestre?

Pepi, unió sus labios a los del tenor, quien se dejó besar seguramente satisfecho, pues Pepi no era de despreciar.

—Si te pido una cosa, ¿eres capaz de hacerla? —Contesta! — dijo Pepi.

—Si. ¿Qué es?

—Si es verdad que me quieres, róstate conmigo. Ahora ya eres libre. Ningún contrato te liga a la Empresa y eres dueño de tus actos.

Turi no reflexionó ni un momento, había bebido tanto que cualquier cosa por descubierta que fuese le hubiera parecido natural.

—¿Qué no soy capaz? Nos casaremos cuando tú quieras.

—¿Te acordarás mañana de lo que acabas de decir? — preguntó Pepi contentísima.

—Claro, mujer.

—Fíjate bien: me has dado tu palabra, desde ahora soy tu prometida; Un hombre sólo tiene una palabra.

—Y una mujer... un diccionario... — comentó Turi.

A partir de aquel momento la fiesta tomó caracteres de orgio.

Los sillones estaban acaparados por las parejas. Las amehachas se habían sentado en las rodillas de los hombres, y era casi de día, cuando vencidos todos por el sueño, se quedaron dormidos cada cual en el sitio que la casualidad le depuso y más de uno rodó por el suelo soñando quizá que dormía en una magnífica cama.

Greta, sin embargo, había pasado la noche llorando. En vano se había arreglado para esperar la llegada de Turi. Al fin vencida por el sueño, agotadas ya las lágrimas, se quedó dormida...

CUARTA PARTE

El Coronel del tercer Regimiento de Húsares, Jorge de Vidacovich, estaba aquella mañana de muy malhumor.

—Teniente—dijo dirigiéndose a un oficial que se hallaba cuadrado militarmente, en su presencia—. ¿Ha cumplido usted mis órdenes?

—Sí, Excelencia. El nuevo oficial Turi Wiedinger, ha pasado arrestado al cuarto de banderas.

—Ustedes también son culpables de que se presentara ante mí vestido como un marmatón. No me había sucedido jamás.

—Mi Coronel, sin que esto signifique una excusa, tengo el deber de explicar a V. E. que el nuevo oficial, había sido obsequiado por sus compañeros del Teatro con una fiesta de

despedida, en la que seguramente habrá bebido más de la cuenta, por eso...

—Basta. Si es así debían ustedes haber evitado que se presentara borracho. Teniente.

—A sus órdenes, Coronel.

—Que el nuevo oficial permanezca en banderas veinticuatro horas. Usted mismo deberá recomendarle la más estricta atención en el cumplimiento de sus nuevos deberes.

—Bien, Coronel. ¿Manda V. E. algo más?

—No, puede usted retirarse y decir a mi ordenanza que se presente.

El Coronel se sentó ante su despacho, y hojeando una revista dió con el retrato de Greta Marsh, la mujer de Turi, que se hallaba en la primera página, en una toilette, por demás sugestiva.

—No está mal—dijose hablando consigo mismo el Coronel—, una cosa así haría más llevadera mi vida de solterón empedernido.

Quedóse reflexionando un rato el Coronel, y cuando se presentó ante él su ordenanza, le dijo:

—Oiga. Voy a encomendarle una misión un poco delicada. Le recomiendo que la cumpla usted al pie de la letra.

—Sí, mi Coronel—contestó el asistente.

—Tome este dinero y compre un ramo de flores, que llevará usted a la dirección que voy a poner en este sobre.

Pensó entonces que en el periódico no po-

da indicar donde vivía la actriz y rectificado.

—No. Lleve usted el ramo y esta tarjeta al Teatro de la Opera.

El Coronel cogió una tarjeta y escribió en ella solamente dos rayas, que él creyó enigmáticas y de seguro efecto:

—Señorita: He tenido el placer de admirar la durante la función de anoche. ¿Me permitirá volverla a ver? Su rendido admirador.—*Jorge Naler de Vidacovich.*"

Cuando el portero del teatro de la Opera recibió el ramo de flores, se apresuró a llevarlo a casa de Grete. Esta acababa de recibir la visita de Pepi, quien no solamente había quitado a su amiga el novio, sino que quería darse el gustazo de verla rabiar de envidia y de celos.

—Grete—dijo Pepi después de besar a su amiga—. He querido que fueses tú la primera en saber la noticia.

—¿Qué noticia?—preguntó Grete—. ¿Te casas con Johzi?

—No mujer. Nada de eso. Lo de Johzi ha sido solamente un flirt para matar el tiempo. No. Ayer noche me prometí, ¿adivina con quién?

—No sé...—contestó Grete...

—Con Turi Wiedinger...—dijo lentamente Pepi, mirando a su amiga para complacerse con la sorpresa de ésta.

—¿Te has vuelto loca? ¿Con Turi?... Eso es imposible...

—Eso lo dirás tú... No sé qué tiene de particular. Ayer noche durante la fiesta, Turi se me declaró, y será mi marido, pues me dió palabras de casamiento.

—Escucha, Pepi—dijo más serena Grete—. Me parece que te voy a dar un disgusto, pero no me queda ningún remedio, además, ahora ya no me importa que se sepa.

—¿Qué quieres decir?

—Que no puedes casarte con Turi... porque ya está casado...

—¿Qué ya está casado?—exclamó Pepi, no creyendo lo que oía.

—Sí. Es mi marido desde hace más de un año.

—¿No es posible!

—Sí. Hemos procurado guardar el secreto, obligados por el contrato que exige a Turi que sea soltero.

—¡Dios mío! Todos los hombres son unos canallas—dijo echándose a llorar Pepi, más de rabia que por otra cosa.

—No te pongas así, mujer, Johzi te quiere y yo creía que tú le correspondías. No te quedarás sin marido.

—Debía suponerme lo. ¿Tanta de mí que le hice caso!

—¿Pero estás segura que te dió palabra de

casamiento?—preguntó Grete, a quien los celos la consumían.

—Sí. Claro que no estaba muy sereno, porque bebí mucho. En fin. Adiós, Grete...

Así que se hubo marchado Pepi, Grete se dirigió al teléfono y pidió comunicación con el cuartel de húsares, rogando al oficial que se puso al habla que llamasen a Turi.

Turi se puso al teléfono que se hallaba en el mismo cuarto de banderas.

—Diga.

—Turi, ¿eres tú?

—Sí, yo mismo, Grete—contestó Turi, en quien se habían ya disipado los efectos de la embriaguez de la noche anterior.

—¡Ah! Eres tú. Muy bien—dijo Grete—. Te felicito por tu noviazgo.

—¿Mi noviazgo? ¿Qué estás diciendo, Grete?—preguntó Turi, que no recordaba absolutamente nada de lo que había sucedido durante la cena.

—Sí, hombre. Me lo ha contado la misma Pepi.

—Grete, por favor, ya te contaré. Ayer noche bebí algo más de lo debido...

—¿Qué monada de chico! Con que te emborrachaste, ¿verdad? Muy bonito.

—Perdóname, Grete, la culpa no fué mía, me hicieron quedar a la fuerza.

—¿Qué te perdona, ¿eh? ¿Tengo que perdonarte después de haberme dejado sola toda

la noche, de haber estado esperándome inútilmente, mientras tú bebías y te declarabas a Pepi? De ninguna manera. No puedo perdonarte. Tú y yo hemos terminado.

—¡Por Dios, Grete!—exclamó Turi.

—Hemos terminado para siempre. ¿Entiendes? Para siempre. Yo misma pediré el divorcio. No estoy dispuesta a verte más.

—Pero, Grete, eso es imposible. No podemos pedir el divorcio, ¿No ves que nadie sabe que estamos casados?

—Eso no importa nada. Desde ahora no sabrás nada más de mí, lo que tenga que comunicarte lo haré por mediación de mi abogado.

—Sé razonable. ¡Por favor, Grete! Me gustaría contártelo todo de viva voz. No puedo salir de aquí. Me han arrestado. Estoy en banderas.

—¡Ah! ¿Estás arrestado? ¡Pues que te duere! Pero de mí no hace falta que te preocupes más. Entiéndatelas con Pepi, tu queridísima novia.

—¿Qué se vaya al diablo Pepi! ¿Oyes? ¿Por qué dices que es mi novia? Explicame esto, Grete, o yo me voy a volver loco!

—No tengo que darte explicaciones. Adiós.

—¡Grete! ¡Grete!

Sin embargo, Grete había colgado el teléfono y Turi llamó inútilmente a su mujer.

Turi Wiedinger empezó a pasearse por el

cuarto de banderas como un león enjaulado. No llegaba a comprender el verdadero motivo de la risa con su esposa. No recordaba absolutamente nada de lo sucedido y estaba seguro que todo aquello se debía a una intriga que Pepi había forjado.

Después de mucho cavilar, Turi, cada vez más desesperado, olvidándose de la terrible responsabilidad que el acto que iba a cometer tenía consigo, se puso la gorra y aprovechando que estaba solo y que la ventana del cuarto de banderas daba a la calle, saltó por dicha ventana y se dirigió apresuradamente al domicilio de Greta.

Sin embargo, Greta, al recibir las flores juntamente con la tarjeta con que venían acompañadas del Coronel del Regimiento de Turi, decidió ir a visitarlo y vistiéndose rápidamente cogió un taxi y se dirigió al cuartel del Regimiento de Husares.

QUINTA PARTE

Greta, una vez en el cuartel se hizo anunciar al Coronel Vidacovich, quien se apresuró a recibirla e hizo que la introdujesen en su despacho, satisfecho íntimamente por su gran suerte.



- ¡Es usted adorable, adorable!

—Señorita—dijo Sergio Vidacovich, mientras se adelantaba hasta Greta y la besaba dulcemente una mano—. Cuánto le agradezco que se haya usted molestado en venir aquí.

—No es molestia ninguna, Coronel—contestó sonriendo Greta.

Yo hubiera ido con muchísimo gusto a su casa—presiguió el Coronel—. Pero, hágame el favor de sentarse.

—Muchas gracias, Coronel; es usted muy simpático.

—Usted sí que es encantadora. Se lo aseguro, ayer noche estuve en el teatro y usted me fascinó, me hipnotizó desde el escenario.

—No es para tanto, Coronel—dijo Grete riendo.

—¡Tiene usted unos ojos!... Y unas piernas... dispense, quiero decir, una garganta privilegiada... ¡Es usted adorable! ¡adorable!

—No sé cómo agradecerle, Coronel... es usted muy amable. Yo he venido, porque deseaba...—dijo Grete, que no se atrevía a abordar enseguida la cuestión que la había llevado hasta allí.

—Sus deseos serán órdenes para mí, señorita. No tiene más que exponer lo que le plazca. Me sentiré muy orgulloso en poder complacerla.

—Es que el objeto de mi visita es un tanto... extraño.

—No se preocupe usted lo más mínimo. Dígame: ¿Qué pesa sobre ese tierno corazón?

—¿Podría usted permitirme que tuviese una entrevista con el teniente Turi Wiedinger? Tengo que hablarle sobre cuestiones de teatro.

—Señorita, tengo que comunicarle que ese oficial está arrestado. Estoy muy disgustado con él. Es insoportable. Se ha creído que el cuartel es también un teatro y no estoy dispuesto a tolerar infracciones a la disciplina.

Sin embargo, mi voluntad es la de usted. Y le aseguro que no voy a complacerla completamente a gusto. Hubiese deseado que me pidiera usted otra cosa.

—Hágalo por mí, Coronel—dijo Grete acercándose a éste a quien comprendió con su instinto de mujer que subyugaba.

El Coronel llamó a un timbre y se presentó el ordenanza de servicio.

—Que se presente inmediatamente el teniente Turi Wiedinger, que se halla arrestado en el cuarto de banderas.

Salió el ordenanza y el coronel se acercó más a Grete a quien cogió una mano que guardó entre las suyas sin que Grete hiciera nada por rescatarla.

—Qué manita más hermosa—dijo el Coronel, que tomaba poses de Don Juan—. Tiene usted unos ojos muy bellos, veo en su fondo una lucerita bondadosa que me hace adivinar que tiene usted un alma muy grande. ¿Está usted enamorada?

—¿Por qué me hace esa pregunta, Coronel? Las actrices no somos dueñas de nuestro corazón: nos debemos a nuestro público. Y ahora desearía contarle lo que le sucede a nuestro compañero Turi.

—Por favor, señorita, no me hable de él.

—Sí, Coronel, sea usted bueno. Solo los buenos obtienen la recompensa.



El teniente Turi.

El Coronel, que cada vez estaba más encandilado, respondió:

—Sea, hable usted.

—Verá: Vengo a hablarle a usted en nombre de una amiga mía. Turi Wiedinger está casado.

—¿Casado?

—Sí. Casado en secreto. Han debido hacer esto porque el empresario exige que el tenor favorito sea soltero y existe en el contrato que tiene suscrito con Turi una cláusula que le prohíbe casarse, so pena de pagar una indemnización cuantiosa. Pues bien, mi amiga desearía volver a ver a su esposo. Esto es un deber de humanidad que usted que es hombre de mundo, comprensible y cortés, comprenderá enseguida.

—Pero, está arrestada—objeto débilmente el Coronel.

Grete se acercó aún más al viejo y dejó que aquél se apoderase de la otra mano y la acariciase a su gusto.

—Usted no puede decirme que no. Me lo ha prometido antes. Además, aún no es todo. Sepa usted que Turi no puede ser substituido. El empresario está desesperado. Ayer me decía que sin Turi va a tener que cerrar el teatro, pues el público sólo iba a ver a su ídolo favorito. Usted es el único que puede devolver la felicidad a unos muchachos que sólo llevan casados cuatro meses y además todo Viena le estará agradecida si permite que Turi siga en el teatro.

—Pero, señorita, usted me pide casi un imposible.

En aquel momento el ordenanza del Coronel penetró en la habitación y dijo a su

Jefe que el empresario del Teatro de la Ópera deseaba hablar con él.

—Permítale entrar, Coronel, eso le demostrará que no le he mentado; pero, sobre todo, acuérdese de no revelar que Turi está casado.

—Señorita, por usted estoy dispuesto a todo. No tema, que nada diré. Y dirigiéndose al ordenanza le dijo:

—Haga usted pasar al empresario.

—Señor Coronel—dijo el empresario entrando en la habitación como un torbellino. Usted sólo puede salvarme. Sino acceda usted a lo que le voy a pedir voy a tener que pegarme un tiro.

El empresario estaba pálido y desecado. Había probado aquella mañana al tenor que debía substituir a Turi y el ensayo había sido un desastre. Se iba a ver obligado a suspender las representaciones de la obra y esto representaba casi su ruina.

—Pero vamos a ver—dijo el Coronel, que cada vez que oía el nombre de Turi se ponía nervioso—. ¿Es que todo el mundo se ha vuelto chiflado con ese tenor?

—Coronel, le aseguro que no se arrepentirá. Acceda a lo que le pide el señor—dijo Grete al Coronel.

—Gracias, Grete—dijo a ésta el empresario, que no se había dado cuenta de su presencia hasta aquel momento, tan descompuesto estaba—. Señor Coronel. Créame, es mi ruina, se

lo aseguro. Tendré que declararme en quiebra y esto representa mi descrédito, mi deshonra. Usted que sabe mucho sobre el honor comprenda mi situación, no podré aguantar esta vergüenza, no me queda más que un camino: suicidarme.

—Pero hombre...

—Se lo aseguro. Mire, Coronel, créame, haga lo que le digo, no se tendrá que arrepentir. Concédele una licencia a Turi y pondré a su disposición a todo el ballet. Si usted lo desea, organizaremos en su honor fiestas como nadie las ha soñado iguales. Entre las muchachas las hay bellísimas... lo mejor de Viena... yo entiendo de eso.

El Coronel miró a Grete amorosamente y ésta aprovechó aquel momento para cogerle una mano mientras le decía con voz susurrante y acariciadora:

—Coronel, haga usted esa buena acción. Dígame, me bastará su palabra. Un militar no puede jamás faltar a ella. ¿Concede usted permiso para cantar a Turi Wiedinger?

—Bien, sea. Concedido, pero conste que consiento solamente porque usted me lo pide.

El empresario salió de la habitación con una alegría que le desbordaba del cuerpo, en dirección al teatro, dispuesto a hacer una propaganda extraordinaria y bendiciendo interiormente a Grete.

El Coronel se acercó a Grete y ésta le dijo

acercándose a él hasta rozarle con su cuerpo:

—Gracias, Coronel. ¿Me permite que le dé un beso?

—¿Qué si lo permito?—exclamó el Coronel entusiasmado.

Grete acercó los labios hacia la cara del Coronel y le besó en la frente.

En aquel mismo instante se abrió la puerta y entró Turi, que no habiendo encontrado a Grete en su casa había vuelto rápidamente al cuartel, donde el ordenanza le había comunicado la orden del Coronel de que se presentase inmediatamente.

—¿Grete!—exclamó Turi al ver que su mujer besaba al Coronel.

—¿Qué significa esto? ¿Quién le ha dado a usted permiso?—exclamó el Coronel fuera de sí.

—Dispense, Coronel—interrumpió Grete.—Usted me ha dado su palabra de que todo se arreglaría. Ahora tengo que confesarle una cosa.

—¿Qué quiere usted decir?

Grete reclinó su cabeza en el pecho del coronel ante los ojos atónitos de Turi, que no comprendía nada de aquella escena.

—Sí, he mentado, Coronel, Usted que ha sido tan bueno lo comprenderá todo y no se extrañará de que una mujer haga todo lo que sea por el hombre a quien quiere. Turi Wie-



—No mereces esto. ¡Pero has tenido suerte de que yo te quiera tanto!

dingel es mi esposo y no el de una amiga mía como le he dicho.

—¿Pero entonces todo esto es una superchería?—exclamó el Coronel dolido.

—No se arrepienta ahora de su buena acción—dijo Grete—. Cumpla usted lo prometido. Y ahora, para que nuestra amistad continúe y en prueba de mi agradecimiento, delante de mi marido voy a darle a usted otro beso en prueba de gratitud.

Grete besó otra vez al Coronel, pero esta vez en una mejilla y éste dijo mirando a Turi.

—Teniente... puede usted dar gracias a que tiene una mujer tan bonita y tan simpática. Con esta interesora nada puedo negarle. Tiene usted permiso para cantar en el teatro, pero hoy mismo hablaré con el empresario y haré que se anule la cláusula que le impide vivir con su mujer. ¿Esta usted contenta, señorita? —dijo el Coronel dirigiéndose a Grete.

Y Grete, risueña, se abrazó a su marido, diciéndole:

—No merecias ésto. ¡Pero has tenido suerte de que yo te quiera tanto!

FIN

EDICIONES BIBLIOTHECA FILMS

El éxito de la temporada

MERCEDES

Producción nacional - Novela
amorosa con tangos y canciones
de sabor popular

Creación de José Santpere, Carmen
Aubert, Rafael Arcos y Orquesta Planas

Ediciones Biblioteca Films



La más anti-
gua novela
cinema-
tográfica

PRECIO
1 peseta
:: tomo ::



ARTÍSTICA
INIMITABLE



PREDILECTA
SIMPÁTICA



Recibe el más
puro cine en
de correo más
corto, más
para el
certificado.
Premios gratis



PREMIOS A EDITORIAL "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona